

NOCHE ETERNA

HENRY
FONDA

BARBARA
BEL GEDDES



Ediciones Binkator Films
SERIE ESPECIAL





NOCHE ETERNA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VESDAQUEZ

Avenida 707 // BARCELONA // Teléfono 70657
Valencia, 224 // Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Ultramar
Barbón, 16, Barcelona - Torrem, 4, Madrid

EDITORIAL
"A.E.S."



AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NÚM. 987

NÚM. 186

NOCHE ETERNA

Emocionante historia de las horas de la vida de un hombre, que, por amor a una mujer y a la justicia, mantuvo en jaque a toda la policía de una ciudad, sin temor a la muerte que le acechaba en su pequeño cuarto.

EXCLUSIVAS

MADRID

Avda. José Antonio, 65



FLORALVA

BARCELONA

Calle de Mallorca, 284

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Joe</i>	Henry Fonda
<i>Jo Ann</i>	Barbara Bel Geddes
<i>Max</i>	Vincent Price
<i>Charlene</i>	Ann Dvorak

Director :

Anatole Litvak

Narración literaria por
Juan Planas

EMPIEZA LA NOCHE

Frank Dunlap, exsargento de la Marina de los Estados Unidos, cruzó la Alleghany Square con gran seguridad, a pesar de que era ciego, y entró en la antigua casa donde había nacido y donde tenía alquilada una habitación.

Estaba a la mitad de las escaleras, cuando oyó un disparo y la voz iracunda de un hombre que gritaba:

—Te lo has buscado. ¿Estás satisfecho? Ahora, ¡fuera!

Estas palabras fueron seguidas por el choque de un cuerpo contra los peldaños. Asustado, Frank se agarró a la barandilla y subió algunos escalones más, hasta que tropezó con algo blando. Se agachó y tocó «aquello». Era el cuerpo de un hombre y, al parecer, estaba muerto.

Minutos después, un policía y un delegado del «sheriff» se presentaban en el edificio. La noticia del asesinato había corrido y los curiosos se agolpaban en la acera, escuchando las explicaciones de una anciana, que aseguraba que un veterano ciego había matado a alguien.

Los policías atendieron al relato que Frank hizo del suceso y amonestaron a los inquilinos por haber trasladado el cadáver

a una habitación particular. A continuación se enteraron de que el muerto había subido al piso una hora antes.

—Muy bien, señores —dijo el delegado—. ¿Quién vive allí arriba?

—Joe Adams vive en la puerta de enfrente y Bill Pulansky habita la guardilla —le informó el dueño de la casa.

—Pero Bill ha estado trabajando en el aeródromo toda la semana. Se marchaba a las tres —aclaró una mujer.

—Bien, entonces habrá venido a visitar a ese Joe Adams —dijo el agente.

Apartando a los vecinos de su paso, los dos policías subieron hasta el último piso y llamaron en la puerta de Joe Adams, empujando sus revólveres. Una voz ronca y tensa les ordenó:

—¡Déjenme solo!

—Es la Ley, ¿Ha oído? ¡Abra! —gritó el agente—. Escuche, muchacho, sólo deseamos hablarle...

—No quiero hablar con usted ni con nadie. Quiero que me dejen solo, ¿entendido? Será mejor que no empujen, amigos.

Los policías no hicieron caso del aviso y sacudieron la puerta. Un segundo después, detonaron tres disparos y la hoja de madera de la puerta quedó hojeadada por tres balas.

El delegado y el agente retrocedieron y se separaron tras breve conciliábulo. El segundo se encaminó a la azotea y el primero bajó por la escalera, donde encontró a una niña con una muñeca, a quien aconsejó que entrase en su casa.

Al cabo de un rato, Joe sacó cautelosamente la cabeza al rellano. La niña le vió y le cuchicheó:

—Joe, el otro ha subido a la azotea... ¿Qué te ha pasado, Joe?

—Nada, pequeña, nada —respondió Joe, cerrando la puerta.

Si, algo le había pasado para encontrarse encerrado en su sórdido cuarto. Arrojó el revólver sobre la cómoda y buscó cerillas para encender un cigarrillo. Le quedaban muy pocas. Igual era. Instintivamente, guardó una camisa y una corbata plan-

chadas en el armario, echó el cerrojo y se puso a pasear... ¡a esperar!

En la calle se detuvo el «sheriff» de la ciudad. Escuchó las explicaciones del delegado y preguntó por el jefe de policía, que aun no había llegado. Rezongando contra la tardanza de su superior, penetró en la casa.

Los curiosos llenaban la calle, siendo contenidos a duras penas por la policía rural. Fácil era deducir que todos simpatizaban con el asediado, por lo menos desde el punto de vista de ser humano en peligro. Joe, fuera lo que fuere lo que le había ocurrido, siempre había sido muy buen chico y sus motivos tendrían por haber matado a un hombre. De aquí que los sarcasmos dirigidos a los agentes menudearan.

El «sheriff» se detuvo prudentemente en un descansillo inferior y vocó:

—Bien, muchacho, le está hablando el «sheriff» Meade. Salga usted de ahí y salga con las manos en alto. No trate de hacerse el muerto o pronto lo estará de veras.

—¡Déjeme solo! —aulló Joe—. ¡Váyanse todos!

—Está bien, Adams. Usted lo ha querido.

El «sheriff», dejando un par de guardias apostados en la escalera, salió a la calle y ordenó dispersar a los curiosos. Después, reparó en la azotea de un edificio, situado frente a la casa de Joe, al otro lado de la plaza. Aquél era el lugar idóneo para atacar al criminal.

En su habitación, Joe encendió la luz y otro cigarrillo. La foforera había quedado vacía. Por fortuna, le quedaban unas cerillas en el cartoncillo puesto sobre la mesita de noche. Inhaló el humo y murmuró:

—¿Que salga con las manos en alto?... Que les explique, ¿eh? ¿Cómo puedo explicarlo si no lo entiendo yo mismo? No, «sheriff»; usted no me comprendería ni me comprendería nadie. Está hecho y eso es todo lo que sé... Hablando conmigo mismo, ¿eh? Esto es un signo fatal.

Le atrajo el espejo y se contempló en él. De pronto, empe-

zaron a llover balas en la habitación, destrozando la puerta, las paredes, el espejo, la lámpara, el osito, todas las chucherías que había sobre la cómoda... Joe se agachó y siguió fumando sin alterarse. Cesaron las ráfagas. Hubo unos minutos de pausa. Y Joe se incorporó, aproximándose cautamente a la ventana. Miró a la calle y murmuró:

—¡Cuánta gente!... ¿Qué buscarán aquí?... Comprendo: desean saber lo que ha pasado —sus ojos se clavaron en un letrero y leyó—: «Bienvenido al hogar»... Hogar, dulce hogar... ¿Qué significado tiene ahora eso? ¿Qué significado?... Sí, qué diferente todo esta noche. ¿Quién hubiera pensado una cosa semejante? Yo no, desde luego. Jamás hubiera pensado esto. Por primera vez, aquella mañana... Puede que tuviese ese viejo signo de los indios dentro de mí. O quizá estuviese escrito que tenía que suceder. Puede ser que fuese como decía Bill. Mientras hay vida, pueden ocurrir tantas cosas... También puede ser que sucediese por mi afán de que algo sucediera... Así es que sucedió como los números, uno detrás de otro...

Enmudeció. Pero los recuerdos empezaron a afluir a su memoria...

RECUERDOS...

Aquella mañana se había dirigido a la fábrica con Bill, en el cochecito propiedad de ambos. Se había embutido en su escanfandra y había estado trabajando tres o cuatro horas seguidas en socar con arena los motores recién terminados. Era una tarea sencilla y que le gustaba, a pesar del calor que le daban el casco y el traje de goma, destinados a preservarle del polvo dañino.

De vez en cuando, cambiaba un guiño con Bill.

Casualmente, miró hacia los sucios cristales del taller. Una hermosa jovencita rubia le observaba sorprendida a través de ellos. Joe le sonrió y fué contestado de igual manera. Cinco minutos más tarde la muchacha continuaba allí. Joe decidió investigar. Cerró la bomba y pasó al vestuario.

La joven retrocedió al verle. Llevaba una cesta con flores. Su sorpresa hizo soltar una carcajada a Joe, que, quitándose el casco, dijo:

—Fascinador, ¿eh? Todo un lote de superhombres que ha descendido del planeta Marte —y señalando al ramo, preguntó—: ¿El cumpleaños de alguien?

—Sí, yo creo que sí —respondió la muchacha.

—No será el de un chico llamado Joe... —repuso el joven, encendiendo un cigarrillo.

—No. Pero, ¿se llama usted Joe?

—Sí. ¡Qué lastima que no sea mi cumpleaños!

—Yo también me llamo Jo —confesó la jovencita—. Bueno, eso es la mitad de mi nombre.

—¿Cómo es el resto?

—Ann.

—¿Jo Ann? Suena muy bien, ¿eh?... Puede que sea mi cumpleaños. Sé que es un día de este mes.

—Pero, ¿no lo sabe de fijo? —se extrañó Jo Ann.

—No, en «El Buen Pastor» no tenían los datos exactos —le informó Joe, tomando asiento en una lata.

—¡Ah! ¿Es usted también del orfanato?

—Claro que sí. Clase 34.

—Yo estaba allí hará unos tres años.

—No bromee —le amonestó Joe, poniéndose de pie, y agregó—: Pues, ¡hola, hermana huérfana!

—¡Hola! —respondió Jo Ann, dándole la mano—. Yo he venido a entregar esto al señor Leverett para un «lunche» de cumpleaños.

—¿Leverett? Es el ayudante del director de estas obras. No lo encontrará paseándose por estos montecillos de arena.

Joe le dió las explicaciones necesarias para que encontrase las señas requeridas y se despidió de ella. Apagó el cigarrillo contra la suela de su zapato y se lo puso en la oreja. Abrió su armario y buscó en él. Entonces se dió cuenta de que Jo Ann no se había marchado y de que los obreros, que se disponían a almorzar, la contemplaban con admiración.

—Están todos suspensos —aclaró Joe, volviéndose hacia la muchacha—. Parece un cuadro usted ahí parada con esas flores. Quiero decir, que parece una de ellas, de las que crecen en los jardines. En ciertos jardines. ¿Desea usted que vuelva a indicarle el camino?

—No. Estoy segura de encontrarlo —aseguró Jo Ann, ruborizándose, pero sin poder alejarse.

—¿Qué espera usted entonces?... ¡Ah! Sólo deseaba ver esto, ¿eh? No ha visto usted nunca un taller... Creo que es bastante interesante cuando está en marcha. Trabaja bien para uno. Le libra de preocupaciones. Le conserva aseado. Un trabajo agradable y limpio —y sacando del armario una botella de leche, invitó—: A veces bebemos un poco de esto, ¿Quiere probarlo?

—Gracias, no tengo sed.

—Yo tampoco, pero bebo de todos modos. Es bueno para levantar el ánimo.

Salió Bill, quitándose el casco, y se plantó ante ellos emitiendo un silbido. Joe sonrió e indagó:

—¿Te gusta, Bill?

—¡Ya lo creo! —contestó Bill con entusiasmo—. Oye, pregúntale si tiene una hermana.

Joe los presentó y empezó a envolver la botella de leche en un trozo de franela, explicando:

—La envuelve usted en una manta y se conserva fría. Toque.

—Lo hacemos así algunas veces en Greenhouse —dijo Jo Ann—. Algunas veces también envolvemos flores.

—¿Greenhouse está cerca de aquí? —inquirió Joe con indiferencia.

—Justo al borde del camino por donde cruzan las vías del Leight Perry—respondió Jo Ann rápidamente, como si hubiera estado deseando que le hicieran tal pregunta—. Vivo ahí también con los Simpson. Regentan la cantina infantil.

—¿Son parientes de usted?

—No, ya le dije que procedo del Orfanato de «El Buen Pastor».

—¡Ah, sí, es verdad! Eso tiene gracia —rió Joe.

—¿Qué?

—Lo nuestro. Nos parecemos en todo y no tenemos nadie de familia. Quiero decir...

—Sí, ya sé lo que quiere decir —le atajó Jo Ann—. Es gracioso. Bueno, creo que debo marcharme. Mucho gusto en conocerle.

—Lo mismo digo.

* * *

Joe se apartó de la ventana de vidrios y cortinas destrozadas. Encendió otro cigarrillo. Sólo conservaba una cerilla. Se paseó haciendo crujir los restos de los cristales y de porcelana. Encendió la luz del techo. Algo gimió bajo sus pies... ¡Era el osito!

¡Cuánto tiempo parecía haber pasado desde que...!

* * *

Había conocido a muchas muchachas en toda clase de ciudades, durante la guerra. Y en su propio pueblo... No sabía qué le había ocurrido. Un minuto en compañía de Jo Ann le parecía un instante y un minuto sin ella se le antojaba un siglo. Sin embargo, no supo conducirse como un hombre.

Una noche, Jo Ann le hizo pasar a la cocina, suplicándole que hablara en voz baja, porque todos dormían en la casa. Estaba planchando. Joe la cogió en sus brazos y la besó. Cuando se separaron, Jo Ann quiso saber:

—Joe, dime, ¿en qué piensas cuando me besas?

—¿Cuando te beso? ¡Vaya preguntita!

—Pero, Joe, ¡apenas si nos conocemos! —protestó Jo Ann al ver su expresión.

—¿Apenas? Hago lo menos tres semanas. Son veintiún días. Es casi todo un mes. Eso es ya mucho tiempo, especialmente

cuando un muchacho está enamorado. Yo ya he recorrido todo el camino. ¿Qué piensas tú?

—¿Yo?

—Sí, estarás preciosa con tu vestido de novia y yo a tu lado, claro está. Verás: con una cuerda con bidones vacíos detrás del coche, haciendo «clan, clan» y todo el mundo divirtiéndose mucho. Nosotros más que todos.

—Eso significa que quieres que nos casemos —exclamó Jo Ann, mirándole muy seria—. ¡Qué loco eres! ¿Casarnos te parece tan sencillo?

—¿Por qué no? —replicó Joe—. Tendremos hijos. Tendremos un batallón de chicos. ¿Sabes una cosa? Los meteremos a todos en «El Buen Pastor».

—¿Por qué, Joe? —se enfadó Jo Ann.

—Bobita, te lo digo en broma —aclaró Joe, cogiéndola por los hombros—. Escucha... Ahora en serio. Me gustaría mucho casarme contigo.

Jo Ann se quejó. Se habla quemado con la plancha. Joe le besó el dedo accidentado. La muchacha se apartó de él y preguntó con expresión soñadora:

—Joe, ¿crees que sucede de veras en la vida que hay personas que se enamoran o que esto sucede sólo en las novelas?

—A decirte verdad, no lo sé —se burló Joe.

Jo Ann, enfurruñada, entró en su alcoba, anunciándole que iba a cambiarse de vestido. Joe estuvo rezongando de su soledad, hasta que recibió permiso para entrar. Jo Ann llevaba un vestido encantador, que el joven jamás le había visto. Lo alabó como se merecía. De pronto, descubrió la cama de la muchacha y se tumbó en ella, diciendo:

—Un poquito estrecha, ¿eh?

—Es bastante ancha para mí, repuso Jo Ann, pesándose.

Joe curioseó por la habitación. En el borde del espejo había una serie de fotografías suyas. Las observó y declaró:

Oye, conozco esta cara de algún sitio. Has tenido una buena

idea de poner aquí el retrato de alguien que me parece conocer. Me hace sentirme como en mi propia casa...

El osito yacía en una esquina del tocador, con las patitas abiertas y la panza al aire. Estaba incompleto. Una de sus orejillas había sido arrancada. Joe lo cogió y preguntó:

—¿Quién es este chico? ¿Algún otro culpable de evasión?

—Este es Teddy. Ha estado conmigo en el Orfanato. Decían que hablamos entrado juntos cuando teníamos la misma edad.

—Tiene una cara simpática, a pesar de faltarle una oreja.

—Sí, se parece un poco a ti.

Joe comparó en el espejo su rostro con la cara del osito y lanzó una carcajada.

—Sí, tenemos cierto aire de familia.

Jo Ann le amenazó con un dedo y le arrebató el osito, diciendo:

—Fíjate en esto. Igual que tú. Un ojo muy alegre y el otro un poco triste.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Tiene gracia!

Joe estudió atentamente su cara en el espejo y se encaró con la muchacha, que, sentada en la cama, estaba poniéndose unos zapatos de tacón alto. Llevaba el pelo peinado hacia arriba, lo cual parecía convertirla en una mujer de más edad. Muy divertido, Joe sacudió la cabeza y confesó:

—Es verdad. Uno un poco hacia la frente y el otro más bien hacia la boca. En una palabra: bizqueo. ¿Cómo te has fijado en esto?

—Mirándote mucho... ¿Qué hora es, Joe?

—Un poco más de las nueve.

Estuvieron callados, mientras Joe continuaba curioseando. Una hilera de postales atrajo su atención.

—Oye, ¿por qué coleccionas tarjetas postales?... Atlantic City, La Habana, Palm Beach... He oído decir que Palm Beach es un sitio estupendo. Dicen que le das a un muchacho dos dólares y te pasea por todo el borde de la costa en una silla de

ruedas, desde donde puedes observarlo todo: la gente jugando con la arena. Sólo que allí está más limpia. Arena blanca...

Jo Ann se había tumbado en la cama, con las manos cruzadas detrás de la nuca, y reanudó la descripción en el punto en que Joe la había abandonado:

—Sí, en muchas millas, con grandes palmeras al lado de la playa y junto a un mar de un azul purísimo...

—Pero, ¿has estado en Florida?—interrumpió Joe.

—No, pero... pero ¡he oído hablar tanto de ella, de sus grandes hoteles y pabellones con bailes al borde del mar! Los llaman casinos.

—¿Casinos?

—Sí, y hace un sol espléndido todos los días, incluso en invierno. Y flores por todas partes: camelias y gardenias... gardenias que florecen todo el año...

—Casinos y gardenias, ¡qué maravilla! —exclamó Joe, levantándose del taburete que había ocupado—. Pero para gentes como nosotros, es sólo una bonita postal, cuadros de ensueño, como en los cuentos...

A su vez, Jo Ann se sentó en el borde de la cama, sin que la expresión soñadora hubiera desaparecido totalmente de su semblante. Suspiró y dijo:

—Lo sé, pero... pero de todos modos es bonito soñar, en particular cuando hace tanto frío y hay tanta niebla en el invierno. No sé por qué, pero me encuentro tan triste y tan desamparada...

Joe pasó un brazo por la cintura de la joven y afirmó alegremente:

—Yo te lo explicaré... Porque estás tan sola, pero si tuvieres un hombre como yo a tu lado...

Jo Ann levantó agradecida su rostro hacia él y declaró:

—Eres bueno. Sí, de verdad que eres muy bueno.

—Claro que sí. Rascando un poco no soy tan malo como parece. Puedo empezar a ahorrar y, para fin de verano, con la

paga de mis vacaciones, podríamos irnos a los lagos unos cuantos días. Verás cómo allí también el agua es muy azul...

Jo Ann se pinchó un dedo con un alfiler al hacer un gesto nervioso. Joe se empeñó en «chuparle la sangre» como medida profiláctica. Cuando alzó los ojos, Jo Ann le estaba observando con una rara expresión. Joe se puso serio y exclamó:

—Tú también me quieres. ¿Por qué no me lo dices? Mira, no me muevas de aquí hasta que me lo digas.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Es que... bueno, tengo que salir. Tengo una cita.

Joe dió dos pasos atrás, esforzándose en que su cara no diese muestras del desencanto que sentía. Se apoyó en la jamba de la puerta y dijo lentamente:

—¿Una cita? Pero, ¿no es un poco tarde para salir ahora? ¿Qué te dirán?

Jo Ann se echó un abrigo sobre los hombros e intentó parecer despreocupada.

—¡Bah! Están profundamente dormidos —y apoyando una mano en su brazo, exclamó—: Joe, espero que no te sentirás celoso.

Joe cuadró los hombros y rió de mala gana:

—¿Yo? ¿Celoso? ¿Qué derecho tengo a sentir celos? Eres libre... Lo mismo que yo. Todo el mundo tiene derecho a ser libre. Creo que debo marcharme. Será mejor que me lleve a Teddy.

Jo Ann se interpuso en su camino hacia el tocador.

—¡No puedes hacer eso! ¿Llévartelo de aquí?

La mano de Joe se cerró sobre el oxito y salió a la cocina, explicando:

—Me parece que me hará compañía. Me dará calor. Adiós. Espero que te diviertas.

Avanzó hasta el vestíbulo, sin darle siquiera la mano. Jo Ann, dolida y arrepentida, corrió tras él, alcanzándolo en el momento en que abría la puerta de la casa.

—Joe, volveremos a vernos, ¿verdad?

—Claro. Cualquier día en que no sepas qué hacer, me lo avisas.

Sin esperar contestación a estas palabras, harto significativas de lo que en su alma ocurría, salvó de un salto los tres escalones del edificio y atravesó la calle...

Jo Ann no protestó aquella vez.

LA AMENAZA

Joe puso en movimiento su pequeño automóvil y le hizo dar la vuelta. Con el motor en marcha, empleó unos segundos en recoger el osito del asiento, en donde lo dejara, y en colocarlo de una manera segura junto al volante, al pie del parabrisas.

Entonces, Jo Ann abandonó su casa. Se detuvo un momento en la acera a abrocharse el abrigo y luego echó a andar hacia la parada del autobús. Joe se sintió intrigado. Los celos que sintiera se convirtieron en curiosidad. Cuando el autobús arrancó, condujo su cochecillo tras él.

Jo Ann se apeó y entró en una especie de «cabaret» llamado «Jungla Club». Sin vacilar, Joe la siguió al interior. Pasó sin atender a la petición de la muchacha del guardarropas y se paró junto al mostrador, echando una mirada en torno suyo.

Era aquél un establecimiento de tercera categoría y sus clientes pertenecían a la clase de los obreros y burgueses íntimos. Estaba bastante lleno. Todos los ojos se dirigían hacia el centro de la pista, lugar que Jo Ann, al pie de una escalera, también contemplaba fascinada.

Trabajaba un prestidigitador. Era un hombre alto y apuesto,

de cabello entrecano, elegantemente vestido. Hablaba con soltura, moviendo mucho las manos. A Joe le resultó repulsivo, quizá por la atención con que Jo Ann le contemplaba.

El «barman», notando la concentración de Joe, supuso que admiraba al ilusionista y le explicó:

—Se ha perdido usted alguno de sus mejores trucos, pero en la segunda parte tiene muchos. Ahí es donde la magia nos deslumbra.

—Quiero una cerveza —pidió Joe.

El «barman» lo encargó y tornó a charlar:

—Este Maximiliano alborota al público. Trabajaba en el «Phriemma» hace unos meses. Pero ahora está contratado por este club. Venga aquí mañana un poco más temprano y verá usted el número completo.

Joe cogió el vaso de cerveza y bebió, vigilando sucesivamente la pista y a Jo Ann. Por último, no le quedó duda de que la joven y el prestidigitador se conocían por las miradas que cambiaban.

Su atención fué distraída por la llegada de una mujer, a la que el «barman» saludó con el nombre de Charlene. Llevaba una especie de «maillot» de lentejuelas. Era morena, hermosa, de ojos claros. Su acento era firme y alegre, aunque parecía algo excitada.

—Dame una copa de lo mejor y sírvete tú otra. —encargó Charlene al «barman».

—Pareces estar celebrando algo —comentó el camarero.

—¿Celebrando? —rió Charlene—. Así es. Bien, es una suerte mirar el espectáculo desde aquí fuera. Vale el precio del billete.

Sus nerviosas carcajadas despertaron el interés de Joe. Charlene bebió dos vasitos de licor de golpe y contempló al prestidigitador, que acababa de hacer desaparecer una pulsera. Después dió un codazo a Joe y le contó:

—¿Puede usted creer que ninguna persona, en su sano ju-

cio, se quede a su lado quince miserables meses recorriendo el mismo número de miserables Estados?

—Escuche, muchachita —replicó Joe—, es usted muy simpática... ¿Qué es esto? ¿La historia de su vida?

Charlene le examinó y una luz de aprobación brilló en sus ojos. Joe se sintió molesto y quiso alejarse. Pero la mujer lo impidió diciendo con irónica amargura:

—Si usted quiere llamarla vida —y ordenó al camarero—. Lo mismo otra vez, Mac, y una para mi primo.

—No, gracias —rehusó Joe.

—No va usted a dejar que una señora beba sola, ¿verdad? —le riñó Charlene—. Vamos, Mac; sírvete. Ya lo oye; estoy celebrando algo.

—Mire —replicó Joe—, supongo que puede pagarse este delicioso licor, pero, ¿por qué quiere hacer más dispendios en beneficio mío? Apenas nos conocemos.

—Sólo pretendo no hablar conmigo misma —confesó Charlene—. De veras, no sé decirlo lo feliz que me siento.

—Me alegro de conocer a un ser humano que pueda serlo.

En aquel momento el prestidigitador, que había estado deambulando entre los espectadores, con la excusa de un juego de manos, se aproximó a Jo Ann y le cuchicheó unas palabras, obteniendo respuesta. Joe se mordió los labios. Charlene observó la ejecución del número y alabó:

—¿Gracioso esto? Es un verdadero mago de la palabra. Fijese en sus manos. Las hace girar como un hipnotizador y lo mismo hace con las palabras. No me pregunte el porqué, pero, cuanto más se le oye, menos se sabe... Sí, cuando se lanza a perorar, se lo cree una todo. Hasta se llega al convencimiento de que se ha estado en un sitio que no se ha visto jamás. No importa cuál: París, los Mares del Sur, Florida...

Joe apretó el vasito de licor y dió la espalda a la sala. Charlene prosiguió:

—Antes de darse cuenta, ya le ha llevado a una adonde él quiere. Como vulgarmente se dice, caza un pichón echándole

sal en la cola. Con esa suavidad suya de terciopelo, con esas gardenias que luce siempre...

—¿Gardenias? —se sobresaltó Joe.

Vació el vasito de un trago. Max hizo aparecer unos perritos en la sala y la actuación de los animales fué muy aplaudida. Charlene se acercó en el mostrador y preguntó a Joe:

—¿Qué tal le ha sentado, amigo? ¿Tomaría otro?

—Esa invitación corre por mi cuenta. Otra ronda —encargó Joe.

—De acuerdo. Lo acepto encantada y cuénteme algo —dijo Charlene.

—¿Qué quiere que le cuente?

—Cualquier cosa, si es interesante.

—Por ejemplo, ¿quisiera saber si es usted guapa?

—Continúe. No puede herir mis sentimientos.

—¿De veras? —se burló Joe—. Pues, con todo lo que lleva encima, ¿cómo podría saberlo?

Charlene contempló su cuerpo someramente vestido y rióse.

—¿El maquillaje? —exclamó—. Pues acostumbro a quitármelo antes de acostarme. Mi mamá me decía siempre que no era bueno para la piel... ¿Quiere sabor una cosa? Me gusta usted. Probablemente será porque habla muy poco. Quizá por el contraste con mi manera de ser...

Había terminado la actuación de Max. En un espacio de tiempo inverosímilmente corto, se presentó en el pasillo, vestido con elegancia algo rebuscada. Abordó a Jo Ann y le estrechó las manos con calor, rogándole:

—Vaya por ahí. Mi mesa está en ese lado. Vuelvo en seguida.

Se encaminó hacia el mostrador. Joe y Charlene le vieron llegar sin inmutarse. La mujer comentó burlescamente:

—Aquí viene el pavo real. Fijese bien. Se va a comer el mundo.

Max estaba ante ellos. Hizo una cortés reverencia y exclamó:

—Bien, bien. Menos mal que te encuentro.

—¿Ve lo que yo decía? —preguntó Charlene a Joe, depositando su vaso sobre el mostrador.

La cara de rasgos delicados, pero repulsiva, del prestidigitador se endureció al decir:

—Ya sabes que no admito algunas bromas. Después de todo forman parte de mi profesión, pero, cuando se deja una representación a medio terminar, comprende, preciosa, que no es muy correcto.

Joe nunca había oído hablar a nadie con tanta corrección y dominio de sí mismo. La voz que escuchaba era agradable. Charlene, sonriendo, respondió con exquisito acento:

—Max, querido, te dejé en un terreno perfectamente sólido. Justo en medio del escenario.

—Justo en la mitad de mi actuación.

—Ya no existe más actuación, al menos para mí —le informó Charlene—. No más ilusionismo. No más trucos. No más correr detrás de Pon-Pon, en tus talones. No más verte a ti... ¡A ti!

—Vamos, vamos, preciosa —la amonestó Max bondadosamente—. ¿Por qué ese espectáculo aquí? Podemos hablar de todo esto tranquilamente en otra parte.

Su diestra se apoderó de la muñeca de Charlene y quiso apartarla del mostrador, sin conseguirlo. La mujer luchó por libertarse, sin éxito.

—¡Déjame en paz! —ordenó Charlene en voz baja.

—Vamos, Charlene, no te pongas tonta. Sabes muy bien que ambos necesitamos una buena conversación de corazón a corazón, ¿eh?

Joe intervino, dándole un golpe en el brazo, que le obligó a soltar a Charlene, y le comunicó suavemente:

—Déjela tranquila, amigo. La señora no tiene ganas de conversación y da la casualidad que está conmigo.

—¿De veras? ¿Desde cuándo? —preguntó Max, enarcando las cejas altivamente.

—Desde hace un momento —terció Charlene—. Sí, Max, a

veces suceden estas cosas —y preguntó a Joe—: ¿Cómo ha dicho que se llama? No lo he cogido bien. Mi nombre es Charlene. Eso es para el público, claro está. Puede usted llamarme Charlie.

De nuevo Max se apoderó del brazo de Charlene y dijo condescendiente:

—Charlie, me parece que has bebido algunas copas de más. No lo sé. Pero detesto verte hacer el ridículo.

Joe le alejó de la mujer de un suave empujón y se interpuso entre ellos, aconsejándole fríamente:

—Amigo, a menos que desee usted ser quien haga el ridículo, será mejor que se vaya. Vamos, vuelva con la persona con quien estaba.

Max se inclinó burlescamente y retrocedió unos pasos. Después, declaró a Joe:

—Muy bien. No hay con quien me gustaría reñir más que con usted. Sin embargo, en estas circunstancias, no conduce a nada continuar esta conversación... Hasta mañana, Charlie. Medítalo bien.

Charlene se rió despectivamente de su fuga, pues no era otra cosa, y se encaró con Joe, a quien temblaban las manos de comozón de abofetear a aquel presumido.

—Ya ha podido ver usted en qué forma habla cuando se pone a hablar de amor... No me gustan los hombres que hablan demasiado de amor. Generalmente acaban olvidándose de sus palabras.

Joe pensó que tal vez aquello también pudiera aplicarse a las mujeres...

MEDIDAS DE INTIMIDACION

La plaza era un hervidero de gente, cuando Joe miró por la ventana. Incluso el monumento a los héroes de la Independencia servía de soporte y palco a los curiosos. Un ejército de policías y de guardias rurales mantenía a raya a los mirones con gran dificultad, dejando entre ellos y la casa un espacio libre de unos ocho metros.

—De fijo que te sacarán las tripas —murmuró Joe para sí.

Llegó el jefe de policía. Uno de sus subordinados se presentó inmediatamente a la portezuela de su automóvil y le puso al corriente de lo que estaba aconteciendo. El jefe escrutó a la muchedumbre que se interponía entre él y la casa, y preguntó:

—¿Algún herido?

—No, aun no —le informó su subordinado, señalando la habitación de Joe—: Todavía sigue ahí. En la ventana de esa casa.

Un reflector la iluminaba. El jefe de policía exhaló un gruñido y comenzó a hendir el gentío, escoltado por sus hombres, atentos a los comentarios que los amigos y vecinos de Joe cam-

biaban sobre el suceso. Le sorprendió que todos estuvieran de acuerdo en sentir lástima de aquel indomable criminal.

De pronto, una niña le cortó el paso con aire suplicante y le dijo:

Por favor, señor jefe; por favor, haga algo por Joe. Me regaló las espaldillas. ¿Ve?

—Sí, ya veo, ya veo. De acuerdo, nena. Haré lo que pueda.

El jefe de policía continuó su camino, maldiciendo la dura necesidad en que se veía de portarse de aquella manera. Los rostros que le rodeaban eran hostiles. De todas las partes le increpaban acusándole de ir demasiado lejos y de intentar matar a un buen chico como a un perro rabioso. El jefe se detuvo en la acera y pronunció un breve discurso prometiendo que todo se haría legalmente. Después entró en la casa en busca del «sheriff».

Bill, el amigo de Joe, llegó a las últimas filas de mirones y se sobresaltó al ver el gentío y el aparato de fuerza desplegado por la policía.

—¿Qué ha sucedido aquí? —indagó.

—Muchacho, en el último piso de la casa Alleghany hay un asesino —le explicó un curioso—. Ha matado a un hombre y ahora impide que la policía entre a cogerle.

Bill identificó la habitación iluminada por el reflector y el corazón le dió un vuelco.

—¿Que ha matado a un hombre? —balbució.

—Sí.

Mientras Bill se fraguaba camino hacia el monumento de los héroes de la Independencia y de allí hacia su propia casa, el jefe de policía y el «sheriff» mantenían una entrevista en el vestíbulo del edificio.

—Ned —decía el primero al segundo—, ¿no consigues ver que lo estás convirtiendo en un héroe? Algo así como si estuviera luchando con los japoneses en Batán o como si fuese Buffalo Bill sorprendido por una tribu de indios salvajes... Sabes que te agradezco que hayas intervenido aquí, pero no ignoras que tenemos un lote de inteligentes periodistas en la ciudad.

—¿Y qué? —exclamó el «sheriff» con sequedad, pues en su obtuso cerebro sólo cabían ideas violentas.

—Pues que nosotros hemos sido siempre una agradable y muy decente comunidad, y debemos procurar salir de esto sin este bonito espectáculo de circo.

El jefe de policía se disponía a exponer una idea que había tenido, cuando se oyó un barullo. Un agente compareció ante sus superiores, llevando a Bill del brazo.

—Vivo en el mismo piso que Joe Adams. Si me da usted permiso, subiré y hablaré con él —aclaró el joven—. Creo que conseguiré hacerle salir. Sé lo que venía consumiendo a Joe hace algún tiempo.

—¿De veras?—gruñó el «sheriff» satisfecho de encontrar una nueva presa—. Entonces será mejor que sufra un pequeño interrogatorio. Mac, este muchacho está dispuesto a servir de testigo. Es su compañero.

Los policías se llevaron a Bill sin aceptar su oferta. El jefe de policía condujo a un puñado de agentes al descansillo del piso inferior con respecto al de Joe, desde el que se dominaba la puerta de su habitación sin peligro. Todos iban armados con metrallas.

Las primeras detonaciones sonaron cuando Charlene arribaba a la plaza. Lanzó un chillido y suplicó que la dejaran pasar...

La cerradura de la puerta fué acribillada por las balas. Saltó el tirador y luego el pestillo. Joe se arrojó al suelo y reptó hasta el armario. Estaba cerca de la entrada. Lo empujó con todas sus fuerzas, adosándolo sobre la maltrecha puerta.

Cuando los policías comprendieron la maniobra del criminal, es decir, que la puerta estaba bloqueada, dispararon unos tiros más y se retiraron a una voz de su jefe.

Joe se separó del armario y encendió un cigarrillo con su última cerilla. Se sentía tranquilo y firme. Quería únicamente estar a solas para componer el caos que reinaba en su alma. Avanzó hacia la cama y se tendió en ella.

El «sheriff», satisfecho de que el proyecto del jefe hubiera

fracasado, abandonó a Bill, a quien había estado interrogando, y salió al paso de su colega, proponiéndole:

—Escucha, Mac, haz cesar todos esos comentarios y que te traigan el gas lacrimógeno del ayuntamiento del pueblo inmediato, Telefonsa que enviámos a buscarlo. Sólo se tarda un par de horas en ir y volver.

—Puede que sea lo mejor—aceptó el jefe, y dió las órdenes oportunas.

En su habitación, Joe contemplaba el armario. Los proyectiles habían atravesado una de sus portezuelas, donde las corbatas estaban colgadas. Una tira de fotografías estaba pegada a ella. Eran de Jo Ann. Irritado se levantó de un brinco y cerró la portezuela. Regresó a la cama. Se acostó. Pero sus ojos se volvían involuntariamente hacia el sitio donde estaban los retratos de la muchacha, a la que creía oír hablar...

EL EMBUSTERO

Joe bajó corriendo la escalera poniéndose la cazadora de piel, y se detuvo un segundo a agradecer a Peggy, su amiguita, el que le hubiera cosido un botón flojo y, unos pisos más abajo, a acariciar el gato de la dueña de la casa.

Algo más tarde, con un paquete bajo el brazo, entraba en la habitación de Charlene, que se estaba vistiendo, y le suplicó que aguardase un poco. Joe se quitó la gorra y miró por la ventana.

—Siento hacerte esperar—se excusó Charlene—, pero, a decir verdad, no creí que vinieses.

—¿Por qué no? Te dije que vendría, ¿no es así?

—Sí, me lo has dicho muchas veces, pero nunca fué verdad.

Joe se tumbó en la cama de Charlene, que, al cabo, apareció anudando el cinturón de una bata casera. Reparó en el paquete que el joven había dejado sobre una mesita y exclamó:

—Joe, estoy segura de que tienes hambre.

—¿Qué tienes de menú?

—Pues casi, casi, sólo un sacacorchos. Tengo que ocuparme todo el día de encontrar un nuevo contrato. Sí, algo tendremos que cocinar...

Deshizo el paquete y sacó unas botellas y algunos bocadillos. Llenó dos vasos de cerveza y repartió los bocadillos. Joe la observaba con amistosa sonrisa. De repente dijo:

—Cree que estabas pendiente de una agencia de Chicago que iba a contratarte.

—Puede que haya estado esperando otra clase de contrato, con un trabajo distinto. No te había pasado por la cabeza, ¿verdad?

—¿Eh?—gruñó Joe dando una cabezada.

—Oye, despierte—le gritó Charlene—. Estás dormido... Tienes aspecto de hombre enamorado.

—Puede que lo esté—repuso Joe.

—¿De quién?—indagó Charlene bebiendo un sorbo de cerveza.

—Sólo enamorado. Da lo mismo de quién sea.

—Puede que no lo digas en broma—barruntó Charlene fijándose en su aspecto.

—Puede que no.

Charlene se puso de pie impacientada por su cachaza y protestó:

—Si alguien me hubiera dicho que iba a preocuparme por un mamarracho como tú...

—¿Yo un mamarracho? ¿Por qué? Soy un buen chico.

—Sí, un buen chico que suele descender de la luna para pasearse por la ciudad como cualquier turista.

—Mejor que un turista, porque no llevo equipaje—corrigió Joe sentándose en la cama.

—Mucho mejor, es verdad—aprobó Charlene pensativa—. No me lo digas, que lo sé. No has hecho promesas ni tienes que faltar a ellas... aún... Pero, sin embargo...

—Sin embargo, ¿qué?—la animó Joe.

—No lo sé, pero siento algo desesperante a mi alrededor.

—¿Cómo?—se sorprendió Joe.

Charlene, antes de contestar, se pasó por la desordenada habitación. Luego respondió sonriendo irónicamente:

—Pues, cuando llega la noche, no puedo dormir bien. Tengo pesadillas. Sueño que estoy dormida y que tú estás dormido esperando que te despierte. Así que despierto, en mi sueño, miro a mi alrededor y has desaparecido.

—Espera un segundo... Estoy algo confuso—bromeó Joe.

—Como yo. Hasta que despierto de veras, entonces sé que no estás aquí. ¡Válgame Dios! No necesito tener una pesadilla para averiguar eso... ¡Qué vida es la que llevo! ¡Plena de amor y de romance! Plena de... Sí, ya lo sé; la culpa es mía.

Joe la escrutó, comprendiendo que Charlene estaba, en cierta manera, enamorada de él, aunque sus sentimientos eran tan vagos, que ni ella misma acertaba a explicárselos. Quizá fuera mejor así. Se tumbó de nuevo en el lecho, con un cigarrillo encendido entre los dedos, murmurando:

—Amor y romance... Bonitas palabras... Sí, a propósito para leídas en novelas, si nos sobrase tiempo para leer. Pero, para un pobre hombre como yo, que trabaja como una fiera todo el día durante los seis de la semana, sólo puede dormir como un plomo al llegar la noche. Y cuando cojo el sueño, lo cojo tan bien que me cuesta trabajo despertar. Pero llega el domingo y eso es ya diferente. El domingo tienes tiempo para descansar... ¿Sabes una cosa? El sol aprieta lo tuyo en esta época.

—Eso tiene fácil arreglo—aseguró Charlene corriendo las cortinas—. Nada es demasiado bueno para su señoría. ¿Está mejor así?

—Mucho mejor—convino Joe cerrando los ojos.

—Más vale así—comentó riéndose Charlene—. Me queda la esperanza de tener suerte en las cartas.

Sí, estaba enamorada de él. Joe rechazó este pensamiento y estiró sus largas piernas sobre la colcha. Reinó el silencio. Por último, fué interrumpido por una llamada en la puerta. Charlene abrió. Era Max.

—Buenas tardes—dijo el recién llegado echando una mirada a la escena—. Espero no venir a molestar.

—No te esperaba—replicó Charlene.

—Lo lamento mucho. Ciertamente no deseaba interrumpir vuestro idilio del domingo; pero, para un vagabundo solitario como yo, no hay nada que le llegue tanto al corazón como el ver a dos jóvenes tan bien avenidos.

—Bueno, basta de retórica—le interrumpió Charlene—. ¿Qué buscas aquí?

—Un poco de paciencia, monada—dijo con marcado retintín el recién llegado.

Y añadió con sorna:

—Recuerda que la paciencia es una gran virtud, según afirman personas inteligentes, y que la curiosidad es un defecto característicamente femenino, como se ha probado miles, millones de veces. ¿No es así?

—¡Miren quién habla de curiosidad! Será una casualidad que no haya registrado toda la casa, hasta la carbonera que hay en el sótano. Casi, casi afirmaría que lo has hecho—arguyó provocativamente la joven.

—No, guapa; esta vez te respondo que no he realizado tal cosa. A propósito, opino que lo más práctico es atenerse a los hechos. Se carga la atmósfera, no sólo por el que habla, sino también por los que escuchan—parloteó Max. Y añadió dirigiéndose al hombre:

—¿Le molesto, Adams?

—No, me está tirando del pelo—replicó Joe levantándose.

—Cállate, Joe, o no dejará de hablar nunca—le aconsejó Charlene, y dijo al intruso—: Basta de palabrería y di lo que vienes buscando.

—Nada; pasaba por aquí de camino y he venido a verte como a un fantasma del pasado. ¿No sabes, Charlie, que nuestros pobres perritos están muy tristes, ¡muy tristes!, sin ti? ¿No los echas tú de menos?

—En absoluto.

—Qué variables sois las mujeres. Qué pronto olvidáis. ¡Pobres animalitos! No las mujeres; los perros.

Joe, a quien tanto parloteo y tantas frases irónicas le esta-

ban agotando su no muy abundante paciencia, queriendo poner fin a la molesta entrevista, le interrumpió con tono agrio:

—¡Bueno, amigo!, creo que está hablando más de lo conveniente. Al parecer, a usted le gusta escucharse, pero a mí no. ¡Diga ya de una vez qué es lo que busca!

—A usted, amigo—respondió Max señalándole—. Para conseguirlo he estado esperando abajo más de media hora. Nada más que para poder hablarle de un asunto que estoy seguro le parecerá del mayor interés.

—¿De interés para él? —preguntó reticente y asombrada Charlene.

—Exactamente.

—Está bien—bufó Joe—. Reviente ya, pero de prisa.

—Muy bien, pero quizá deba advertirle que es un asunto absolutamente personal. Por lo tanto, si la señorita no pone inconveniente, podemos discutirlo en la taberna. Después de lo cual puede venir a nuestro encuentro. ¿Qué tal?

—Estamos de acuerdo—accedió Joe calándose la gorra y abandonando el cuarto.

Max aprovechó su ausencia para decir a Charlene:

—Tu abandono me ha herido muy profundamente.

—¿Herido?

—Sí.

Charlene lanzó una carcajada sarcástica y repuso:

—Emprendiste algo que no has podido terminar, Max, y que ya no está a tu alcance. Cuando un hombre como tú no consigue lo que quiere, es señal de que se hace viejo.

Gruñendo a causa de estas palabras, Max entró en la taberna con Joe. Tomaron asiento en una mesa algo retirada. Pidieron unas cervezas y, mientras se las servían, Joe conminó a su interlocutor a que hablara. Max no se hizo repetir la indicación y explicó suavemente:

—Quiero hablar de Jo Ann, naturalmente. He tenido una larga conversación con ella esta mañana y he podido averiguar que...



Joe intervino; dándole un golpe en el brazo



—Yo también me llamo Joe—dijo la jovencita.



Bill, el amigo de Joe, llegó a las últimas filas de mirones.



- Parece un cuadro usted ahí parada con esas flores.



—¿Ya un mamarracho?
 ¿Por qué? Soy un buen
 chico.



Joe se apartó de la ven-
 tana de vidrios y cortinas
 destrozadas.



—Joe, si me quieres todavía, no volveré a verla.



—Buena, basta de retórica—le interrumpió Charlene.



Sin saber cómo, el revólver se encontró en su mano.



Sus manos avanzaron hacia el cuello del iluminado.



El «sheriff» lanzó un suspiro de cansancio y alegría a Jo Ann.



Jo Ann hubiera dado cualquier cosa por no subir al escenario.



—¡Por el amor de Dios!
¿Por qué no la dejan hablar
con él?



Max le insinuó que debía
peinarse con el pelo hacia
arriba.



— Deros el revólver —
le ordenó un policía.



Bill y Charlene pudieron
alzarla del suelo.

bueno, que ha visitado usted a esa señorita con bastante frecuencia...

—Un momento—le interrumpió Joe—. Aclaremos antes una cosa...

—¡Perfectamente! Observará que no he mencionado para nada su amistad con mi ayudante Charlene...

Joe, a quien la observación más le parecía embrollo que explicación, le interrumpió de nuevo:

—¡Oiga, oiga! Vamos por partes. Primero me habla de Jo Ann y a continuación se refiere a Charlene... Francamente, para usted será una aclaración, pero para mí es una maraña...

—Se lo aclararé inmediatamente—prometió Max—. Verá, Hay algo que es necesario que usted sepa. Algo muy importante.

—Sí, ¿qué es ello?—le acució Joe.

Max frunció las cejas, como si el arrepentimiento le dominara, y anunció dramáticamente:

—Pues, sencillamente, que mi profundo interés por Jo Ann es de lo más natural. Me interesa desde que sé que esa niña... es mi hija.

Joe le miró con incredulidad y gritó cerrando los puños:

—¡Su padre! Pero, ¡si es huérfana! Proceda de «El Buen Pastor».

—Así es—convino Max—. Pero a veces los huérfanos también tienen padres. Escuche, ¿puedo hablarle de hombre a hombre? Todo hombre comete alguna falta y yo no soy una excepción... Admito mi parte de culpa, que seguramente es mucho mayor que la de la madre de Jo Ann, aunque... Pero no quiero hablar mal de ella en modo alguno y, créame, no trato de evitar que me juzgue. Desde luego, cuando la pequeña Jo Ann vino al mundo yo era muy joven. Sólo cuando empezamos a envejecer comprendemos las terribles equivocaciones que hemos cometido, y al comprenderlas viene con la comprensión un amargo compañero: «el remordimiento»... El remordimiento que comienza atacándonos levemente al principio; y después más y más intensamente... hasta que nos obliga a tomar una determinación... y

finalmente, eso es lo que hice. Empecé el largo, muy largo y complicado camino de buscar su rastro. Naturalmente, su madre había recorrido un largo calvario de ciudad en ciudad, de estado en estado, con diferentes nombres, tratando de olvidar y de que se la olvidara... Pero al fin, después de muchos años de pacientes y continuas averiguaciones... La primera vez que vi a Jo Ann sentí algo tan intenso, tan hondo, tan emotivo, que no soy capaz de describirlo... era la imagen exacta de su madre, y le aseguro que ésta era una auténtica, una verdadera belleza... su mismo tipo, su mismo rostro, su misma expresión, y sobre todo sus mismos ojos... esos hermosos y atrayentes ojos azules, que cambian de color constantemente al compás de las emociones. Es extraño ¿verdad?... Y ahora comprenda, amigo mío, por qué me interesa tanto y, a pesar de que me disguste emplear esa palabra, me creo en el deber de intervenir. Sería desleal por su parte si la engañase. ¿Para qué? Toda una vida de esperanzas frustradas!

Joe se había incorporado lentamente durante la larga explicación de Max. Sentíase furioso. Sus manos avanzaron hacia el cuello del ilusionista, que palideció y se encogió en su asiento.

—¡Su deber y yo desleal!—rugió Joe—. ¡Qué despropósitos! Su padre, su cariñoso padre, que la ha tenido abandonada durante tantos años, ganando buen dinero y no ayudando a nadie que no sea él mismo... ¡Y ahora viene hablando de sus deberes paternales!... Yo también vengo del orfelinato y puedo decirle lo que representa ser huérfano, pero dejémoslo. Sólo tiene que retener esto: si mi padre viniera y regresara para enseñarme a encauzar mi vida, le partiría en dos... ¡Quiero a Jo Ann y será feliz conmigo! Me voy a casar con ella y me ocuparé solamente de hacer su felicidad...

—¿Dice usted que se va a casar con ella? Y Jo Ann, ¿ha dado su consentimiento?—gimoteó Max.

—¿A usted qué le importa?

—Mucho. Deseo su felicidad. Usted trabaja y tiene que hacer equilibrios para poder vivir... Un huérfano, un desconocido.

¿Cómo podré saber nunca a qué familia pertenece, ni sus taras, ni las tuyas?

Joe se arrojó como un león sobre él, le cogió por el cuello del abrigo y lo levantó en vilo, escupiéndole en la cara:

—¿Qué está usted diciendo?... ¡Tiene suerte de ser su padre! Ahora, ¿sabe usted lo que le queda por hacer, amigo? Se va usted a levantar, a ponerse el sombrerito encima de la cabellera y a largarse de aquí... ¡pronto!

Max obedeció instantáneamente. Una abyecta expresión de miedo y de odio retorció su rostro cuando se volvió a mirar a Joe por última vez.

EL RELATO DE JO ANN

Joe se dirigió sin pérdida de tiempo a casa de Jo Ann. Esperó en la cocina y sorprendió a la joven cuando entró a buscar el asado. Jo Ann se asombró al ver el rostro de Joe, que, cogiéndola por un brazo, le comunicó:

—Tengo que hablarte a solas... Verás, se trata de ese hombre, aquel con quien estabas citada aquella noche cuando te fuiste a «La Jungla». Yo te seguí allí. No se trata de aquella noche. Es de lo que me ha dicho hoy.

—Entonces, por eso te comportaste desde ese día de un modo tan extraño —balbució Jo Ann.

—Debiste decirme aquella misma noche que era tu padre.

—¡Mi padre! —exclamó Jo Ann.

Joe no había visto jamás a nadie tan atónito. La señora Simpson entró en la cocina para descubrir qué era lo que demoraba a la joven. Al ver a Joe, sonrió comprensivamente y se llevó el asado, recomendando a Jo Ann que no tardase mucho en regresar a la mesa.

Una vez estuvieron a solas, Jo Ann inquirió:

—¿Dijiste que ha dicho que es mi padre?

—Sí, me lo ha contado todo. Cómo había perdido tu pista durante años y cómo por fin...

—Pero, Joe, ¡sí no lo es! ¡No es mi padre ni nada!

—Que no... ¿Qué quieres decir? —gritó el joven—. ¿Qué nuevo embrollo es éste?

Jo Ann no pudo responder, pues la señora Simpson la llamaba para cenar. Concertaron encontrarse ante la tienda de flores. Medía hora después, Jo Ann llegaba y le informaba de que todo era pura mentira. Joe hundió las manos en los bolsillos del pantalón y echó a andar hacia un granero cercano, gruñendo:

—¡Santo Dios! ¡Cuando pienso en el monumento que ha levantado!... Ese hombre debe de estar loco o algo semejante... Pero tú... ¿Por qué vas a verle? ¿Qué significa en tu vida?

Jo Ann se sentó en un montón de troncos y obligó a Joe que hiciera lo mismo, antes de responder:

—Joe, yo no quería decírtelo porque tenía miedo de que creyeras... de que lo interpretaras mal. Pero todo empezó de un modo extraño. Cuando le vi por primera vez...

* * *

Max estaba actuando en un teatrillo de poca monta. Jo Ann llegó tarde para presenciar el primer acto, iba sola. Se entretuvo y divirtió mucho con la maestría con que Max dominaba a sus perritos. Era maravilloso ver cómo todos le obedecían a la menor señal. Charlepe salió a las tablas y el prestidigitador anunció:

—Y ahora, con la ayuda de mi encantadora ayudante Charlene, «Buster», mi perro, va a elegir una persona entre el público. Una persona que sea especialmente sensible. Hará esta elección telepáticamente a través de la medium por reacciones astrológicas, contestando por medio de dos campanillazos para «no» y tres veces para «sí»...

Empezó el número. Charlene bajó a la sala y fué preguntando a varias personas la fecha de su nacimiento.

—Vamos a ver... «madame». ¿En qué mes y año nació?

—¡Ay, Dios mío!... ¡jejem!... En enero del año quince.

Charlene comentó: —Capricornio, ¿La cabra?

—Capricornio, la cabra — repitió Max dirigiéndose a «Buster». Este hizo sonar dos veces la campanilla.

Siguieron las preguntas a distintas espectadoras, las contestaciones, los comentarios y las consultas a «Buster» y se repitieron seguidamente los campanillazos. Luego Charlene se dirigió a Jo Ann:

—Usted... señorita... me hace el favor... ¿mes y año?

A lo que contestó medrosa la consultada: —Junio del 28,

—Géminis. Los gemelos — dijo Charlene.

Al ser repetidas las palabras por Max, «Buster» hizo sonar la campanilla tres veces. En vista de ello, aquél se dirigió atentamente a la consultada.

—Señorita, ¿Quiero hacorme el favor de subir al escenario?

A lo que añadió Charlene — ¿Quiere usted venir conmigo?

—No, no, yo no... — contestó azorada.

Mas como el público, como es corriente en esta clase de espectáculos, rugía más que gritaba — ¡Suba! ¡Suba! ¡Suba! — no se atrevió a negarse.

Jo Ann hubiese dado cualquier cosa por no subir al escenario, pero en cuanto estuvo en él le gustó el público, las luces,

los ojos que la miraban. Max le desagradó visto de cerca. Pero, cuando le tocó la mano, sintió un escalofrío por todo el cuerpo...

Más tarde, al tomar el autobús para volver a su casa, analizó sus sensaciones. ¡Qué tonta había sido al ponerse tan nerviosa! En realidad, la cosa carecía de importancia. Pero no podía olvidar los ojos de Max. Este, de repente, se sentó a su lado. Jo Ann se azoró. El ilusionista estuvo muy galante. Hablaron de flores y le explicó su profesión. Max no preguntó sus señas. Resultaba muy agradable haberle conocido. Jamás supuso que se portara como lo hizo.

Unos días después, Max entraba en la florería con la excusa de encargar unas gardenias; al ir a marcharse, exclamó:

—A propósito, pensaba decirle que tengo dos invitaciones para un concierto en la semana próxima y he pensado, esta vez sin telepatía, si le agradaría la música clásica. ¿Ha oído usted alguna vez la orquesta sinfónica de Cleveland?

—No... Bueno, sí, una vez —tartamudeó Jo Ann, no queriendo confesar que no sabía de qué orquesta se trataba.

—No es muy lejos para escuchar buena música. Está a dos horas de aquí.

—Pero yo no he estado jamás más allá de Pittsburg y eso está mucho más cerca.

—No va a dar usted la vuelta al mundo, ¿verdad?

Jo Ann aceptó. Max toda la semana estuvo diciendo que no podría acompañarla, pero en el último momento, al serle imposible a la señora Simpson ir con ella, compareció y viajaron juntos.

La orquesta tocó «Romeo y Julieta» y Max explicó a la muchacha que aquélla era una de las más bellas páginas de amor musicalizadas. Jo Ann conservó el programa como recuerdo, pues contenía incluso algunas líneas de las escenas de amor del dra-

ma. Más tarde fueron a cenar. Max le insinuó que debía peinarse con el pelo hacia arriba.

Durante el viaje de regreso, el ilusionista fué hablando de sus más íntimos sentimientos, de su búsqueda de la mujer que hubiera podido ser la compañera de su vida. Al estar ante la casa de los Simpson, Max preguntó a Jo Ann de repente:

—¿Se enfadaría mucho si le doy un beso?

—¿Qué pasaría si me enfado? —le desafió la muchacha.

—Nada, te besaría de todos modos para enseñarte cómo se besa a una mujer...

Asiéndola bruscamente, la besó a pesar de su resistencia. Al separarse, la cara de Max estaba rasgada por unos arañazos. Tocándose la mejilla, el prestidigitador se rió y dijo:

—Tienes las uñas afiladas como las de un animalito. Puede ser que por eso me gustes tanto...

Jo Ann no volvió a verle en mucho tiempo. Por Navidad le mandó un vestido y unos zapatos de tacón alto. Era el primer regalo navideño que recibía. Max le decía en una carta que había comprado las prendas para su hermana menor, pero no le servían.

Una noche, Jo Ann le encontró esperándola en la biblioteca pública. Salieron juntos. Por el camino, la muchacha dijo a Max:

—Fué usted muy amable al enviarme ese regalo de Navidad. Pero se lo devolveré mañana temprano para que lo pueda entregar.

—¿A quién? —se sorprendió Max.

—A su hermana.

—No tengo ninguna hermana —confesó Max, riendo—. Fué sólo una pequeña broma de Pascua. No me guardes rencor. Después de todo, podía haber seguido con el engaño, pero a mi manera soy débil hasta en mis embustes. Hablemos con seriedad, si es que no me has olvidado...

Aquel invierno se vieron varias veces. Después Max se trasladó a otras ciudades: Atlantic City, Miami, Palm Beach... Así quedaba explicada la procedencia de las postales. Un día escribió a Jo Ann que regresaba para actuar en «La Jungla». Joe sabía el resto.

—Joe, si me quieres todavía, no volveré a verte jamás.

El muchacho se levantó del suelo y exclamó:

—¿Por qué continúa aquí? ¿Qué es lo que se propone? Yo te lo diré: deshacer nuestro cariño por cualquier medio.

—No lo conseguirá, Joe. ¡Jamás! Se lo dije hoy cuando empezó a hablarme de esa muchacha que vive enfrente a ti, en el hotel. Joe, no volverás a verla nunca más, ¿verdad?

—Mira, pequeña mía... —empezó a decir Joe, arrodillándose a su lado—. ¿Por qué estoy haciendo economías para casarme contigo? Yo también he mentido algunas veces. Si dijera que nunca, sería una gran mentira. No me gustan las personas que mienten.

—No soy una embustera, tú lo sabes.

—Claro que no lo eres. Por eso te quiero. Desde el momento en que te vi, comprendí que eras la única. Puede que fuese porque sentía la necesidad de ser feliz...

—Me gustaría comprender todo esto, pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—No lo sé. No quisiera sentirme herida.

—¿Herida? Yo jamás te haré daño, Jo Ann, porque también he sentido ese temor. Quiero decir que desde que en El Buen Pastor me soltaron para que yo mismo me gobernara, he estado buscando algo que no conocía... algún ser, quienquiera que fuese, que me ayudara a no sentirme tan solo en la vida. Claro que me divertía alguna vez que otra, pero... después no quedaba

naía, ni el más ligero rastro... Como una vez que iba en el tren, llevaba una gorra nueva, me asomé a la ventanilla y se la llevó el viento... He visto que la gente es muy extraña. No te quieren por lo que eres, sino por el lugar de donde procedes, por el nombre que llevas, hasta que llegas a sentir que estás siempre aparte de los demás. Entonces tratas de mejorar, procuras adquirir educación, instruirte, vas a la escuela nocturna, cambias de modales. Pero no consigues nada. Puede... ¡bueno! puede ser que sea porque yo no tengo grandes ambiciones. Me refiero para mí. Puede que eso haya sido la razón o la causa del fracaso. Sin embargo he seguido intentándolo siempre, tratando de encontrar algo diferente, pero siempre es lo mismo. Sí, como si estuvieses parado en un charco de lluvia esperando un tranvía. Llega uno, ¡ding!, completo. Esperas al siguiente, ¡ding!, ¡ding!, ¡ding!, llega el tranvía — ¡lo siento no queda sitio para usted! Y siguen pasando, ¡ding!, ¡ding!, ¡ding!, ¡ding! Y tú sigues allí, esperando, siempre esperando...

Joe interrumpió la explicación y quedóse pensativo. Ella sintiendo, más que comprendiendo el valor e importancia de aquella declaración, le alentó — no te calles. Continúa, por favor.

—...hasta que te encuentre — dijo Joe resnudando el relato —. No sabes ni puedes imaginarte, lo que es tener una mujer como tú en quién creer. Alguien a quién confiarse. Alguien que crea en nosotros... Sí, ahora todo va a ser distinto... tiene que serlo.

—Lo será, Joe, lo será.

Al quererle acariciar la cara con la mano, algo le arañó el dedo. Sacudió rápidamente la parte herida. Jo Ann se lamentó:

—Perdona. ¡Te has pinchado con mi medallón!

Se lo quitó. Era la efigie de un dios extraño, provisto de alas

y una corona achatada. Era negro. Joe lo estudió con curiosidad y comentó:

—Lo llevas siempre, ¿verdad?

—Sí, significa mucho para mí... Es una joya antigua de México, de los aztecas. ¿Conoces la historia de la hija de Montezuma?

—Jamás la escuché —respondió Joe.

—Tuvo que ser sacrificada justo cuando acababa de enamorarse de... —Jo Ann se interrumpió y le ofreció el prendedor impulsivamente—. Ten, Joe; te lo regalo.

—¿De veras? —se consternó Joe—. ¿Me vas a entregar tus sueños?

—No importa —contestó Jo Ann, decidida—. No quiero soñar más. Nunca más.

LA MUERTE DEL FARSANTE

Cuando Joe relató a Charlene su intención de no volver a verla, la mujer supo sobreponerse al choque moral de perderle y aceptó los hechos con la forzada ironía para consigo misma que parece ser el credo filosófico de los seres baqueteados por la vida.

—No tienes que darme excusas, Joe — le dijo —. Lo comprendí en cuanto entrastes por la puerta, tan airoso y con ese olor a azahar que parecía flotar a tu alrededor. ¡Ea, muchacho! Levanta ese ánimo, esto no es un velatorio. No llores por mí, ¡bobo!, aun no van a enterrarme.

—Mira, Cholly, me gustaría que dejases de bromear — expresó él.

—Hay que tomar las cosas como vienen—rió de mala gana—. ¿Mala suerte? Pues a esperar que mejore. ¿No hubiese sido mucho peor que tú y yo nos hubiéramos vuelto locos el uno por el otro, enamorándonos? ¡Suerte que no ha sido así! De veras, tuve desde un principio la corazonada de que me había equivocado.

Si, tú vivías al otro lado de la plaza, pero, en verdad, nos separaba un abismo. ¡Bah! Recriminaciones y llantos no son de mi agrado. Has presumido de gran señor. Compórtate ahora como si efectivamente lo fueras —y añadió al tiempo que se quitaba los zapatos:— ¿No te molesta que me ponga cómoda? Las mujeres están locas; caminar todo el día con esto en los pies.

Joe se sentó en una silla y procuró dar otro giro a la conversación:

—¿Has sabido algo del agente de contratación?

—Ayer precisamente. Tiene un contrato para mí con una actuación en bicicleta. Bueno, siempre será mejor que hacer de nodriza de todo un lote de perritos. Estuve haciéndolo durante seis meses. Me gustan los animales, no lo niego, pero no el hombre que los amaestraba... A veces tenía que matar a uno a toda prisa. ¿Tienes buen estómago?

—Le he castigado lo suficiente para que resista —repuso, intrigado, Joe.

—Pues, con el fin de amaestrarlos, los pelaba, los lavaba y luego les quemaba la piel hasta ulcerársela. Trabajaban después como esclavos. Podía hacerles realizar cuantos trucos quisiera sólo con ponerles delante del hocico una cerilla ardiendo.

Joe lanzó un respingo y abandonó su asiento, horrorizado.

—Cuanto más escucho acerca de ese hombre —gritó—, más me ratifico en la idea de que debía estar encerrado en un manicomio.

—Es anormal, de acuerdo, pero lo peor de todo es que es un hombre pervertido y que siente un gran placer en pervertir a los demás. Y cuando consigue dominarte a su antojo, estás perdida.

Volviendo al tema inicial que le preocupaba a pesar de todo, Joe le dijo:— Mira, Cholly, yo quisiera poder...

Ella lo atajó: — No te disculpes. Todo ha sido por mi causa. ¿Tengo yo el aspecto de una mujer que se elija por compañera? Yo he de conformarme con la bicicleta. Volveremos a empezar. Una bicicleta da categoría...

Dichas estas palabras, Charlene pasó al ropero, extrajo de él una maleta, la colocó sobre la cama y se puso a empaquetar sus cosas. Un cartón con unos objetos prendidos en él, se destacó sobre las sábanas. Joe se irguió. Era un muestrario de «medallones aztecas».

—¿Qué llevas ahí? —dijo, cogiendo el cartón.

—¿Estas valiosas joyas? ¿Cómo han llegado hasta aquí? —se extrañó Charlene burlonamente—. Me las regaló cuando decía quererme.

—¿Quién?

—Max. Un día me regaló estas joyas antiguas fabricadas en Jersey City, con una magnífica historia que inventó... Algo acerca de alguna princesa de alguna parte de México. Luego supe la verdad. Le regalaba una a cada muchacha lo bastante infeliz para caer en sus redes...

Charlene se interrumpió al advertir la borrascosa expresión de Joe y comprendió la verdad. Sacudida por una risa espasmódica, casi vengativa, se dejó caer en la cama y chilló:

—¡Oye, oye! ¿Se trata de alguna mujer que te interesa? ¿No habrá recibido también alguna de estas auténticas antigüedades? ¿Entonces era eso de lo que quería hablarte el otro día?... Claro, ahora lo comprendo todo. Eso es lo que te roía por dentro. La pobre palomita de aquella noche en el «Orpheum»... Sí. Me habló de ella. Dijo que no podía apartarla de su imaginación, porque era distinta de todas. Tan joven y tan inocente... ¿Cómo dijo, que no recuerdo?... Sí... Como un blanco capullo de rosa al ama-

ncer, que nadie ha rozado ni marchitado. Lo siento, Joe; de veras... Perdóname. No puedo aguantar la risa...

Joe, perseguido por las malignas carcajadas, propias de una mujer despechada, se precipitó fuera de la habitación...

* * *

Cortó sus recuerdos y arrojó con fuerza la colilla de su cigarrillo contra el suelo. Entonces, acordóse de que había estado encendiendo maquinalmente un cigarrillo con la punta del otro, porque no tenía cerillas; y se agachó buscando cuidadosamente la colilla. Encontróla. Otro cigarrillo humeó en sus labios...

No obstante, el tabaco no le proporcionó el sosiego que ansiaba su espíritu, no por el sosiego en sí, sino porque lo necesitaba para ordenar sus tumultuosos pensamientos, antes de que lo irreparable, lo que le había estado acechando toda la noche, tanto en la calle como en aquella maldita habitación, se desencadenara y le atrapara en sus garras. Una vez lo hubiese conseguido, es decir, así que hubiera aplacado la furia que sacudía sus nervios, podía ocurrir lo que el destino hubiera escrito para él.

Pero no era tan fácil como parecía. Había algo inapresable en aquel asunto, algo que se deslizaba en su espíritu, negándose a su voluntad de captarlo, con la misma soltura de un pez que se escurre entre los dedos de un chiquillo, empeñado en atraparlo en el interior de una pecera.

Se detuvo en el ademán de apartar el cigarrillo de los labios y miró en torno suyo: las paredes desconchadas, la cama deshe-

cha, las huellas de las baías, todo aquello, destrucción y angustia que le rodeaba, a pesar de su aparente incongruencia, era el resultado lógico de lo ocurrido aquella misma tarde.

Contuvo el impulso de acercarse a la ventana y de tornar a increpar a la gentuza que, con el pretexto de apoyarle en su resistencia, o de disuadirle de ella, seguía parada en la plaza murmurando y alzando sus rostros, que tan siniestros se le antojaban, hacia la ventana, en la que la muerte había trazado ya el anuncio de su inminente visita.

Lanzó un bufido de desprecio y dió una chupada al cigarrillo. ¿Qué le importaba, en realidad, todo aquello?... Nada.

Se paró ante el lecho. Una mancha en la pared señalaba el lugar en que tantas veces apoyara la cabeza soñando y esperando. Crispó las manos. Este gesto se estaba convirtiendo en un hábito suyo, pensó con amarga ironía.

Recorrió el cuartucho a grandes zancadas, silenciosas como las de un teñino. Súbitamente, bajo su zapato se triscó algo. Inclínose. Era un trozo de lámpara; oculto por el trozo de vidrio estaba el «medallón azteca».

Lo recogió e hizo saltar pensativamente en la palma de su mano. Se le antojó que Jo Ann susurraba a su oído: «Todos decimos mentiras algunas veces... Representa mucho para mí, Joe... Toma, te lo regaló.»

¡Embustera!

¡Sí, embustera, mil veces embustera! ¿Cómo se había atrevido a engañarle fingiendo que el «medallón azteca» era algo tan puro y noble como para regalárselo en prueba de amor y de reconciliación?

Pero ¿había alguien desprovisto de engaño en el mundo? El había conocido muchas mujeres durante la guerra y después de

ella, pero ninguna, en su criterio, merecía parangonarse con Jo Ann... Así, por lo menos, lo había creído. Pero, ¿por qué le había creído? Tal vez la culpa debiera ser achacada a él mismo y no a Jo Ann. A él mismo por imaginar en las demás personas sentimientos y actos, que sólo existían en su propia fantasía.

Tiró rabiosamente la chuchería contra el maltrecho espejo...

Jo Ann, mientras tanto, había recibido la visita de dos policías enviados por el «sheriff» para que declarase. Cortés, pero firmemente, la obligaron a vestirse y a seguirles.

Cuando llegaron a Alleghany Square, el gentío era inmenso, aunque ya hacía rato que había pasado la medianoche. Aprovechando un vaivén de la muchedumbre, Jo Ann y los dos agentes pudieron llegar al porche del edificio en que estaba sitiado Joe, y entraron en el vestíbulo, donde se hallaba el «sheriff» y el jefe de policía.

Una vez hubo contestado a sus preguntas, que no pusieron nada en claro, Jo Ann recibió permiso para marcharse. No obstante, hizo caso omiso de él e imploró de los dos funcionarios:

—¡Por favor, déjenme verle! ¡Déjenme hablar con él!

—Tranquílicese, señorita —replicó el «sheriff»—. Hablará usted con él cuando le hagamos salir.

—Pero, ¿usted me ha dicho que no quiere salir! —se horrorizó Jo Ann—. ¿Qué quieren hacerle?

—Tendrá que salir aunque tengamos que prender fuego a la casa...

—¡Joe! —gritó Jo Ann, como si todo su ser hubiera recibido un golpe capaz de matarla.

Quiso precipitarse escaleras arriba, pero los policías, a una orden del «sheriff», la cogieron suave, aunque firmemente, de los brazos, sin prestar atención a sus súplicas y protestas.

La llevaron hacia la entrada de la casa. Uno de los guardias

masculió contra el tiempo que estaban perdiendo, cuando podían fácilmente llegar a Joe y arrestarle, o... Era risible que un hombre solo, sin más arma que un revólver, medio descargado, a lo que conjeturaban, estuviera haciendo frente a toda la policía congregada de una ciudad.

Aterrorizada, Jo Ann lanzó un gemido y se mezcló con la multitud, esperando ver en qué paraba el desatino cometido por Joe.

El jefe de policía se acercó al altavoz del coche-radio y dijo a través del micrófono, arrancando resonancias a la silenciosa plaza:

—Aquí el jefe de policía hablando... Adams, no tiene objeto entablar entre nosotros un tiroteo. No se salvaría usted. Ahora es verdad que se halla usted acusado de un crimen, pero puede usted presentar su defensa ante los Tribunales. Así es que le pido sensatez, Adams. Salga sin que empleemos la fuerza y acate su arresto. De otro modo, sólo conseguirá que le matemos, si es eso lo que pretende —el jefe de policía hizo una pausa y agregó con energía—: ¿No ha oído usted, Adams? ¡Esta vez va en serio!

Inesperadamente, el gentío rugió. Todos los ojos se clavaron en la ventana iluminada por el reflector. Encuadrado por ella, inclinándose sobre los centenares de seres que le miraban, estaba Joe, que aulló:

—¿Qué están ustedes esperando?... Vamos, ¡disparad ya! ¡Aquí hay un buen blanco para vosotros! Bien, quizá estéis esperando que yo salte... Eso es lo que todos estáis deseando. ¡Un bonito espectáculo, barato y sencillo! ¡Todo gratis!... Vamos, largaos de aquí... ¡Largaos todos!... Idos a vuestros hogares, comprad los periódicos de la mañana. Allí lo encontraréis en letra de imprenta... Todo el drama que queráis por unos centavos... ¿Qué estáis

esperando? ¿Es que no tenéis hogar?... Veo que queréis permanecer aquí para ver el fin. Lo veréis en seguida. Voy a complaceros...

—¡Joe! ¡Joe! —chilló Jo Ann—. ¡Por favor!... Te quiero... Tú lo sabes, ¿verdad?

—Vete. Todo ha terminado —le ordenó Joe, y siguió gritando—: A vuestras casas, cretinos. Esto ya no interesa. No comprendo lo que os retiene. ¡Dejadme en paz!

—¡Joe, ¿no me oyes?—chilló Jo Ann, al ver que se disponía a desaparecer en su habitación—. ¿No me oyes?...

Joe hizo un ademán de desprecio. Y Jo Ann, con toda la pasión de la mujer que ama y que se apresta a defender al ser amado, avanzó hacia el edificio, asegurando voz en grito:

—Te quiero... ¿Por qué no me haces caso?

Joe pareció titubear durante una décima de segundo.

—¡Joe, cálmate!... ¡Estamos contigo!—le comunicó Bill, haciendo portavoz con las manos.

Joe se encogió de hombros...

Desapareció de la ventana. El jefe de policía intentó hacerse oír. Pero el tumulto ensordeció sus palabras. Todos aquellos hombres y mujeres sencillos gritaron a la vez a Joe que se entregase, que ellos se encargarían de defenderle, que lucharían por él ante los Tribunales...

El cordón de policías fué roto y el gentío avanzó hacia la casa. Bill y Charlene estaban juntos. Descubrieron a Jo Ann pugnando por abrirse paso hasta el porche y procuraron acercarse a ella.

El «sheriff» dió orden de desalojar la plaza. Sus hombres cargaron contra la multitud. Fué un sordo combate, incruento, de fuerza pura. Jo Ann, ya en las primeras filas, recibió un golpe con la rueda de una bicicleta y se desplomó. Bill y Charlene pu-

dieron alzarla del suelo. Un agente les permitió pasar con la muchacha al vestíbulo, donde atendieron a sus contusiones, escuchando compadecidos sus juramentos de amor eterno hacia Joe.

—¿Está herida de consideración?—murmuró Charlene a Bill, que tomaba el pulso a la desvanecida.

Bill apretó los labios y menó la cabeza para expresar su ignorancia del verdadero estado de la muchacha. Jo Ann jadeaba con esfuerzo, pero, salvo su extrema palidez y sus ojos cerrados, no parecía sufrir otro trastorno, que el espiritual proporcionado por la actitud de Joe y su anterior entrevista con el «sheriff».

Finalmente, cuando Jo Ann rebulló en el diván, en que la habían tendido, Bill lanzó un suspiro de alivio y se enjugó el sudor que manaba de su frente, diciendo a Charlene:

—No. No tiene nada.

Jo Ann se encaró con aquella mujer, que conocía por los relatos que de ella había hecho Max, y, a pesar de la repugnancia que sentía, se aterró a ella con la pasión del naufrago que busca la salvación en un tablón flotante. El contacto la tranquilizó en parte y pudo articular con voz apenas audible:

—¿Usted... usted sabe que yo le...? ¿Que yo le quiero?

Charlene miró por un momento los profundos ojos azules de aquella muchacha desvalida y notó que en su interior renacía una ternura que había creído muerta para siempre. Impulsivamente, dió unas palmadas a la mano con que Jo Ann la cogía por la muñeca y respondió:

—Sí... Sí, lo sé.

Jo Ann, a estas palabras, recobró su perdida energía. Se sentó en el diván y quiso ponerse en pie. Charlene y Bill se opusieron inmediatamente a ello y la obligaron a acostarse. Jo Ann intentó zafarse de sus manos firmes y cariñosas, protestando:

—¡No, no, por favor!... ¡Dejadme ir!... ¡Dejadme ir!... ¡Jo, Joe!... ¡Joe!...

Este, entretanto, habíase olvidado de sus anteriores palabras. Aun le dominaba el desasosiego lógico del que ha cometido una mala acción. Y buscaba la razón de su impulso. De pronto lo descubrió: el Mal se había adueñado de él, el Mal que representaba Max...

Eran las siete de la tarde y se disponía a salir. La puerta de su humilde habitación abrióse y el prestidigitador, con su aire de satisfecha seguridad, se deslizó en ella.

Joe parpadó y soltó sobre la cómoda la corbata que iba a ponerse. Max cerró la puerta y se apoyó en ella, diciendo:

—Me alegro de encontrarle en casa.

—¿Qué busca usted aquí?

—Quiero hablarle a solas. Se trata de algo muy serio; si no, no hubiese subido hasta aquí.

—¡No!

—¡Fuera de aquí!—le ordenó Joe con energía.

Max sonrió irónicamente y continuó adentrándose en la habitación. Sin saber por qué, Joe retrocedió hasta la cómoda. Cerró de golpe uno de sus cajones. Y este simple acto, casi inconsciente, apaciguó parcialmente el tumulto que la aparición del prestidigitador había promovido en su ánimo.

—¡No! No me marcharé de aquí—aseguró Max, desafiador—. Pienso quedarme aquí hasta que ventilemos este asunto. Y, además, ¿a usted a escucharme, ¿me oye?

—Será mejor que vuelva a bajar. Ya he escuchado bastante.

—Convenció a Jo Ann de que no volviese a verme en contra

de su propio deseo —le acusó Max cínicamente—. Usted la convenció, ¿no es así? Quiero la verdad. La verdad completa... Sabía que estaba en lo cierto.

—Bien. Si lo sabía, ¿por qué me lo pregunta?—le despreció Joe, avanzando la barbilla.

Max adoptó una de sus expresiones protectoras, casi paternales, que tanto irritaban al muchacho y, quitándose el sombrero, para darse aire con él, condescendió a explicar:

—Mire, joven. Sé que existen reacciones puramente físicas... Y lo que no sé, soy lo suficientemente inteligente para comprenderlo.

Se irguió, satisfecho de sí mismo, y echó una mirada de repugnancia a la humilde habitación, tras lo cual, volviéndose hacia la ventana abierta, aspiró con fruición el aire que penetraba por ella, como si el ambiente del reducido aposento resultara insoportable para su exquisita sensibilidad.

—De acuerdo. Usted es inteligente y yo torpe —se movió Joe—. Bien, eso completará su felicidad.

—Felicidad... —rióse Max con desprecio—. ¿Me pregunto qué ha conseguido usted con ponerme en ridículo? Charlene y usted han podido reírse, pero no tiene importancia. Eso no me preocupa. Sí, sí; he perdido la partida y lo acepto. Mi única preocupación es Jo Ann. Su felicidad.

—Mire—le aconsejó Joe, comprendiendo instintivamente que tornaba a pisar terreno firme, un terreno en el que podía vencer al antipático individuo—, no pensaré volver a colocarme ese interesante folletón del padre arrepentido...

Max enarcó las cejas, como haciendo acopio de paciencia, y volviendo a hacer uso de su tono doctoral, exclamó:

—¡Dios mío!... ¿Tengo que disculparme por tener una imaginación tan poderosa?

Joe se rió burlón, y Max, interrumpiéndose por un segundo, dió unos pasos hacia él. Cuando habló, lo hizo con un acento tan serio, que hubiera engañado a otro hombre menos avisado que Joe:

—No reniego de ninguna historia inventada, si contribuye a hacer su felicidad... Si, aunque dé por resultado que usted sospeche de ella...

Joe arrugó la frente al oír aquellas palabras. De nuevo el mordisco de los celos le hacia sufrir. Max carraspeó y su rostro se aclaró.

—¡Ah!...—se movió—. Lo conseguí, ¿verdad?... Pues es posible que no esté tan lejos de la verdad. Qué sorpresa tan grande al saber que no era su padre, ¿eh?

La sangre empezó a zumbiar en las sienes de Joe. Una niebla roja se interponía entre sus ojos y la odiada figura de Max. Adivinando el peligro que corría de ceder a la pasión de la ira, se contuvo con un enérgico arranque de voluntad, y rogó con voz ronca, mascullando las palabras:

—¡Cállese!... ¡Deje de bordonar a mi alrededor como una avispa!...

—Pues ¡o Ann y yo...—comenzó a decir el prestidigitador.

La simple mención de la joven enfureció a Joe. Aquel individuo le mancillaba al nombrarla. La sangre le subió a la cabeza. Intentó contenerse y rogó a Max:

—¡Cállese, por el amor de Dios!

—Muy sensible, amigo —bufó Max—. Siempre pensé que las personas que realizan trabajos manuales no eran propensas a dejarse dominar por los nervios.

—¡Cáltese! ¡Le he dicho que se calle!

—¡Calma, calma! No conseguirá asustarme. Todo lo más hacerme reír.

Joe saltó sobre él, le hizo doblar las rodillas y, cogiéndole por el cuello, le hizo sacar medio cuerpo fuera de la ventana, sosteniéndole únicamente por la fuerza de sus puños.

—¡No, no, no!... ¡Por favor, por favor! —gimoteó Max.

Joe, con una risita burlona, le metió en la habitación y le dejó que se sentara. Max fué recobrando los ánimos y hasta se levantó, afirmando:

—No es tan fácil matar a un hombre, ¿no cree?... ¿Quiere que le diga una cosa? He venido aquí para eso mismo —sacó un revólver y lo depositó sobre la cómoda, continuando—: ¿Lo ve usted? Aquí está... Yo he subido hasta aquí para matarle. Yo hago muchas veces planes maravillosos, pero a veces no consigo que se realicen a mi gusto...

Se interrumpió al descubrir el «medallón azteca», clavado en el vientre del osito y lanzó una carcajada de escarnio.

—Vaya, vaya... Muy bonito... Este medallón que tiene usted aquí, un bonito juguete para obsequiar a una muchacha bonita.

—¿Qué quiere usted insinuar?

—¿Qué quiere usted saber?—replicó Max.

Joe recordó las palabras de Charlene y no le quedó duda de... De nuevo lo vió todo rojo. Una palabra más y cometería una locura.

—¡Salga usted de aquí! —ordenó a Max—. ¡Le suplico que se marche!

—Siempre me ha divertido mucho—agregó Max, sin hacerle caso—el concepto tan ingenuo que los hombre vulgares tienen de las mujeres. Pero, ¡si esas deliciosas criaturas son en realidad mucho más complicadas!... A Dios gracias...

—¡Márchese!

—El amor es una infinidad de cosas —prosiguió su interlocutor—: atracción, fascinación, en una palabra, poder. Pero, ¿por

qué no confesario? Yo tengo ese poder, especialmente para una muchacha joven, soñadora, que todo lo espera de mí.

—¡Basta ya!— aulló Joe, en el paroxismo del furor—. ¡No quiero repetirle que deseo que salga de aquí!

Max menzó la cabeza con piedad. El torrente de su oratoria se había desencadenado, y nada, como ya había advertido en una ocasión Charlene, era capaz de contenerlo, tanto más cuanto presentía el tormento espiritual que estaba infiriendo al muchacho.

Así, pues, alargando el cuello, como para aproximar su boca al oído de Joe, lo que le dió una apariencia mefistofélica, expresó con voz acariciadora:

—Espere, que los detalles son sencillamente fascinadores... Una puerta que se abre... una puerta que se cierra... se apaga la luz...

—¡Si no se calla, yo sabré hacerle callar!—gritó Joe.

Sin saber cómo, el revólver se encontró en su mano. Apretó el gatillo. Fueron simultáneos la detonación y el gesto de Max de doblarse en dos, con las manos sobre el estómago. Max estaba atónito, casi tan asombrado como Joe. Quiso decir algo. Con un esfuerzo, abrió la puerta y vaciló en el descansillo...

Así había ocurrido. Por aquello, él, Joe, estaba esperando la muerte en aquella habitación que odiaba y amaba a la vez. Se pasó unos segundos. El espejo roto reflejó su rostro convulso y pálido. Con un rugido de rabia y de asco de verse a sí mismo, lo golpeó hasta que lo redujo a polvo. La madera negra de la cómoda le contemplaba como un ojo sin luz, sustituyendo el espejo.

FE EN EL PORVENIR

Los gases llegaron hacia las dos de la mañana. Joe oyó vocar a la gente y sospechó que le iban a dar el asalto definitivo. Igual era. Estaba muy fatigado. La cabeza le dolía y su espíritu parecía a punto de quebrarse. Pero no le cogerían. Sobre la cómoda estaba el maldito revólver. Hizo girar el barrilete y sacó los cartuchos usados. Sólo le quedaban dos proyectiles. Quizá fuese bastante...

El ayudante del «sheriff» entró en el vestíbulo de la casa, donde su superior conversaba en voz baja, y aburridamente, con el jefe de policía. El recién llegado llevaba una cartera de cuero, que enseñó al «sheriff», explicando:

—Aquí están, «sheriff». Son los nuevos gases. Es la manera de que no pueda escapar.

Jo Ann, que estaba con Charlene y Bill, tumbada en un diván, oyó el comentario y el espanto le dió fuerzas para correr hasta los policías. Uniendo las manos, rogó al jefe.

—¡Esperen! Escúchenme, por favor. Déjenme hablarle.

—Ya se ha hablado bastante, señorita —objetó el «sheriff».

—Escúche usted —insistió Jo Ann—. Sólo pretenden que salga, ¿verdad? Yo les doy mi palabra de que saldrá. Sé que lo conseguiré. Lo conseguiré, si puedo decirle lo que he tardado tanto en averiguar.

Los policías se movieron hacia la escalera sin hacerle caso. Jo Ann no se arredró. Les acosó hasta los primeros peldaños, sollozando:

—Se lo ruego, no le defrauden. Siempre deseé confiar en el prójimo, en todo el prójimo, y eso es lo que necesita una persona... que a su vez confie en ella una persona, firmemente asentada en la tierra; no en un país de quimera... Y que ahora está aquí. Ustedes me comprenden, ¿verdad? Sé que lo convenceré. Déjenme verle, por favor...

Lo que Jo Ann, ni los amigos de Joe habían pensado era que el joven había matado a un hombre. Esto resultaba un hecho delictivo del peor calibre. Además, Joe se resistía a entregarse, lo que equivalía a ponerse al margen de la Ley y, por tanto, los policías, por mucho que simpatizasen con el modo de sentir general, habían de cumplir su deber, arrestándole o matándole.

El «sheriff» lanzó un suspiro de cansancio y alejó a Jo Ann, diciéndole:

—Mire, señorita, está usted perdiendo el tiempo.

Los policías discutieron unos momentos y después empezaron a subir la escalera. Charlene y Bill obligaron a Jo Ann a que tomara asiento. Luego, en vista de que los agentes no se detenían, se acercaron a ellos para convencerles de su punto de vista. Fué Charlene la que habló en primer lugar.

—Ya lo oyeron ustedes. Lo ha dicho. Está desesperado. Si le arrojan esos gases, se matará ¡Por el amor de Dios! ¿por qué no la dejan hablar con él! Créanme, si existe un ser capaz de convencerle, es ella.

—Usted mismo ha dicho, jefe, que comprendía su desesperación —terció Bill.

—A ver... ¡Ustedes no intervengan más!—estalló el «sheriff», y aclaró a sus hombres y al jefe de policía—: Esperaremos a que pasen cinco minutos después de disparar dos balas... Si no sale, que sus hombres se pongan las caretas y empiecen con los gases.

El jefe de policía meneó tristemente la cabeza. Había hecho cuanto estaba de su mano para inducir a Joe a que aceptase los hechos pacíficamente. Las discusiones sobraban. Pero Bill reiteró:

—¡Van ustedes a asesinarle con esos gases o a lograr que se suicide!

El «sheriff» perdió la paciencia y bramó:

—Una vez más le repito que no intervenga, a menos que quiera verse complicado... Peter, que nadie suba las escaleras, ¿entendido?

Una vez se hubieron alejado los dos jóvenes, el jefe de policía llamó a uno de sus hombres, que pasaba en aquel momento por el vestíbulo, llevando un rifle:

—Stevens...

—¿Sí?—dijo el llamado, acercándose a su superior.

—¿Sabe usted cómo tiene que actuar?

—Sí.

Stevens se dispuso a retirarse, pero el jefe le contuvo y le aclaró:

—Necesito tres hombres para esas caretas. Ahora, suban al segundo piso. Yo les daré la señal de que todo está listo, dos minutos antes: dos silbidos cortos y luego uno largo antes de disparar. Y ustedes me dan la voz de «alto el fuego», cuando estén dispuestos a entrar por él.

—De acuerdo, jefe.

Los policías desaparecieron hacia los pisos superiores, dando órdenes y tomando disposiciones.

Jo Ann tuvo una súbita inspiración. Abandonó el vestíbulo y salió a la calle, procurando pasar inadvertida de los policías. La casa debía de tener dos entradas. Todas las casas antiguas eran así. Dobló una esquina. No se había equivocado. Ante sus ojos estaba la entrada del sótano.

Fue cuestión de un segundo abrirla y deslizarse hasta el pie de la escalera. Bajaron dos agentes. Jo Ann se pegó a la pared. Con el corazón palpitante, subió después ligera y silenciosa.

¡Al fin estaba ante la puerta de la habitación de Joe!

La golpeó con ambos puños y sollozó:

—¡Joe, Joe! ¡Soy yo, Jo Ann! No queda tiempo. Tengo que hablar contigo. ¡Tengo que verte! ¡Joe, respóndeme! Acabo de verles. El «sheriff» está dictando órdenes.

La palabra «sheriff» fué la única que comprendió Joe en su caos espiritual. Su mano se cerró en torno de la culata del revólver y gritó:

—No, no es necesario, «sheriff»...

—¡Tienes que contestarme! —gimió Jo Ann.

—Repito lo que ya le he dicho. No tengo por qué contestar... No puedo explicar nada... Todo ha terminado... Estoy cansado, cansado...

—Aquí tienes la respuesta —gritó Jo Ann—. Aquí tienes lo que siempre he creído. Joe, ten confianza en mí. No te he mentado nunca. ¡Te quiero, te quiero, Joe!

Como un alud, todas las palabras y pensamientos que había rememorado en aquellas horas mortales parecieron burlarse de él. Joe creyó oír las risas de todo el mundo: de Charlene, de Jo Ann y, sobre todo, de Max. Y su dedo, guiado por un impulso demente, se enarcó en el gatillo.

—¡Dejadme solo! ¿Lo oís?... ¡Dejadme solo!

—¡Joe, escúchame —rogó Jo Ann— Van a empezar. ¡Déjame pasar!...

Enloquecido, Joe hizo fuego. Entonces, la luz se hizo en su cerebro. ¡Había matado a Jo Ann! De un tirón apartó el armario y de otro abrió la puerta. La muchacha estaba caída en el suelo, pero viva, ¡viva!...

—Te he disparado —balbució Joe, levantándola y abrazándola—... Y entonces, todo lo he visto de un modo distinto... ¿Por qué?

Las bombas de gases lacrimógenos estallaron apagadamente en el cuarto. Los jóvenes tosieron y salieron al descansillo. Las emanaciones se propagaban y sus ojos comenzaban a lagrimear. El «sheriff» y sus hombres subían por la escalera. Joe les ordenó que se detuvieran... y fué obedecido. Después, besando a Jo Ann, le mandó:

—Tienes que salir de aquí.

Jo Ann se abrazó a él desesperadamente y exclamó:

—Joe, quiero que vivas. Si no quieres hacerme caso, no existe razón para que yo siga viviendo, ¿no lo comprendes? Sólo contamos tú y yo... Ahora tienes todo lo que esperabas de la vida, que los hombres creyesen unos en otros. Querías que te aceptasen tal como eres, que tuviesen confianza en ti; pues bien, tú también tienes que tener confianza en ellos. Si mueres así, nadie te comprenderá...

Joe entendió la razón que asistía a Jo Ann. Tosiendo y llorando, bajaron al piso inmediato, donde había unos agentes provistos de mascarillas antigases, a quienes anunció:

—Me entrego.

—Denos el revólver —le ordenó uno.

—Está ahí encima —repuso Joe, señalando hacia su habitación.

—Está bien, Adams. Salgamos de esta asfixia... Vengan conmigo los dos.

Cuando llegaron al vestíbulo, Jo Ann pasó los brazos por el cuello del joven y empezó a decirle:

—Joe, escucha...

—Lo siento, señorita. Tengo que llevármelo —intervino el ayudante del jefe de policía.

—Por favor, un minuto—demandó Jo Ann.

—Está bien, dese prisa—accedió el ayudante.

Jo Ann acercó sus labios al oído de su amado y murmuró, alentadora:

—Joe, dicen que tienes buena defensa, porque conocen todo tu pasado. Todas dicen que saldrás libre. Tardarás algún tiempo, pero no te importe esperar.

—Lo sé —contestó Joe sonriendo—. No te preocupes, Jo Ann.

—Está bien, Joe. Ve con ellos.

Así se separaron. Joe fué amanillado y entregado al jefe de policía, con quien atravesó la muchedumbre, hacia un automóvil. Los amigos de Joe se sentían aliviados al ver la expresión limpia y alegre de sus ojos. Manteniendo abierta la portezuela del vehículo, había un muchacho negro. Joe se puso un pitillo en los labios y le pidió:

—¿Tienes fuego, Freddie?

—Claro que sí —le repuso el negro—. ¿Qué vas a hacer, Joe?

—Cree que triunfaré, Freddie —le confesó el joven—. Ahora tengo fe en el porvenir.

EDICIONES BIBLIOTECA
FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Unidad con la que las...	Michael Rodgrave
Por la dama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
María Estuardo	K. Hebburn
Le profesor millonario	Gene Raymond
Las peligras de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jaga
El hombre del Níger	Victor Francien
Estraños en una de miel	Hugh Sinclair
Fruto dorado	Gable - Colbert
Andrés Harvey, reanin.	Mickey Rooney
El secreto del marqués	Arsimando Falconi
Irene	Ann Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	F. Bartholomew
El valle del sol	I. Craig, L. Ball, A. Moreno
Quien conquista es la mujer	M. Hopkins
Casados sin caso	Manique P. Negri
La mujer de las dos caras	Greta Garbo
Luna llena	T. MacDonald
La hora radiante	Joan Crawford
El signo de la cruz	Fredrich March
Cuando ellas se encuentran	Joan Crawford
El rapto de Laura	Joan Fontaine
Una chica se divierte	Jean Arthur
El Club 401	Anne Shirley
Una mujer endiablada	Lupe Vélez
La vuelta del Rana. Basada en la novela de Edgar Wallace	Victor MacLaglen
El gran jefe	Fernando Soler
Cuando los hijos se van	Ronald Colman
Otra vez más	Diana Durbín
La hermanita del mayordomo	William Holden
Juventud ambiciosa	Ch. Laughton
El sospechoso	Diana Barrimore
Matrimonio de inconveniencia	Jean Arthur
Una chica afortunada	Diana Durbín
La dama del tron	Isa Miranda
Documento Z. 3	C. Colbert
Zax	
«Nueva serie» 3 ptas.	
Olivia	K. Hebburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carral
Rutas infernales	John Wayne
Hombres intrépidos	John Wayne
Kit Carson	John Hall
La ruta del Este	John Ayr
¿Crimen o suicidio?	Paul Kelly
¡Qué lindo es Michael!	Tito Guizer

«Serie especial» 3'50 ptas.

Cuando quieres un mexicano	Jorge Negrete
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diego Banderas	Jorge Negrete
Furjura	Jorge Negrete
Jorge Negrete (Biografía)	Jorge Negrete
La cámara diabólica (1.ª parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte (2.ª parte)	Flash Gordon
La Doloresa	Arturo Godoy
Taxón de las fieras	Buster Crabbe
La madrina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi novio está loco	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te rajen!	Jorge Negrete
También somos seres humanos	Burgess Meredith
La venganza de Lagardero	Jorge Negrete
Camino de sacramento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Estraña mujer	Hedy Lamarr
La dama de la frontera	Yvonne de Carlo
Moranita Clara	Evita Muñoz (Chachita)
Montecassino	Ubaldo Lay

«Serie especial» 4 ptas.

El Amotallador	Pedro Infante
¡Vive mi desgracia!	Pedro Infante
Como México no hay dos	Tito Guizer
¡Una...	Stil Jarrel

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

«Serie especial» 4 ptas.	
Don Quijote de la Mancha	Rafael Rivañes

SELECCION BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la tina y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Tomás Medina
Necho de engaño	A. Nazzari
Cautiva del deseo	Leslie Howard
Flor de copino y pregones de Albalcín	Gracia de Triana
Tú llegarás	Roberto Rey
Buenas noches	María L. Gorón
Otoño	Roberto Rey

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Charles Boyer (Colección de 8 instalos)	75 céntos.
---	------------

CANCIONERO

de **Editorial ALAS**

1 peseta

RAFFLES
PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
NINA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDEKRAMA
LOS MEJORES CANTARES
ANTONITA MORENO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO (Tangos)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LUIS ARAGUE

IRMA VILA
NEGRETE
MARIA ELVIRA
JUANITA RINA
NIÑO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Bailistas Calés - Cinco Estrellas Calés
Cinco estrellas del Hot - Trio Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila
Antonio Machin - Curró Lucena - Bronce y Seda - Arriba Va - Estrellas
da la Radio - Negrete, Irma Vila y Trio Calaveras - Pepe Blanco

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Artes Gráficas Estillo - Valencia, 234

4 pesetas